

Maurice el **Armitage** **HOMBRE** de **acero**

El padre: huyendo de la guerra

El padre de Maurice Armitage desembarcó, ochenta años antes de que uno de sus cinco hijos colombianos se convirtiera en alcalde de Cali, en el exótico puerto de Buenaventura.

Leslie Armitage, sobreviviente de la Primera Guerra Mundial, en la que peleó como soldado raso durante cinco años (tres de ellos en la helada geografía rusa), cruzó el océano para buscar trabajo como contador en el trópico cuando, en su continente, Hitler empezó a alzar el tono de la voz.

La letra de God save The Queen (Dios salve a La Reina), los recuerdos del fragor del combate cuerpo a cuerpo, las memorias de la tierra en que había nacido y crecido quedaban atrás, y a la vez, le advertían que habrían de errar por su mente hasta la muerte.

“Nos contaba mucho de la guerra, de lo dura que había sido. Él estuvo en Rusia, un año en un hospital, porque lo hirieron en una pierna. Yo recuerdo que era la derecha. Cuando sacamos sus restos –en esa época a uno lo enterraban y a los 4 años había que ir a sacar los restos del cementerio– recuerdo que salió un pedazo de platina en la rodilla, ya que le habían hecho un implante metálico ahí para reemplazarle un hueso”, cuenta Maurice Armitage, dueño de Sidoc, uno de los gigantes del acero en Colombia.



*¡Oh Señor Dios
dispersa a nuestros enemigos
y hazlos caer
confunde sus pícaros trucos
confunde su política
en ti nuestras esperanzas ponernos
¡Dios salve a la Reina!*

Él ya había experimentado en carne y huesos propios el horror que siembran los ejércitos a su paso. Por eso, al verlo avvicinarselo otra vez, decidió empezar de nuevo a más de seis mil kilómetros de casa. Tal vez tomó el primer barco que salía; tal vez algún amigo le había hablado de un país verde y fértil llamado Colombia, donde se podía arrancar una vida de cerros; tal vez estaba escrito en las estrellas como tantas aventuras inexplicables que les suceden a quienes deciden probar suerte en tierras lejanas.

“No es mucho lo que sé de esa historia porque mi padre murió cuando yo tenía 17 años. Sé que llegó a Buenaventura, vino a Cali y después se fue a Palmira. Ahí conoció a mi mamá y empezó a trabajar”, cuenta Armitage, ganador de la Alcaldía de Cali, el pasado 25 de octubre, con 264.118 votos, 40 mil más que Roberto Ortíz, su inmediato seguidor, y 114 mil más que Angelino Garzón, quien parecía invencible en los inicios de la contienda electoral.

*No solo en esta tierra
Dios misericordioso
¡de costa a costa!
Señor, has ver a las naciones
que los hombres son hermanos
y forman una familia
en todo el mundo.*

El exsoldado británico jamás habría de imaginarse que trece años después de su llegada, el país rural y apacible que lo recibió empezaría a convertirse en escenario de una guerra que ha dejado más de 7 millones de víctimas. Mucho menos presagiaría que su hijo Maurice sería secuestrado dos veces tras convertirse, a punta de pulso y felinas decisiones de emprendedor, en uno de los mejores empresarios del país.

“Él era muy introvertido. Yo diría que la gente a la que le tocó la Primera Guerra Mundial sufrió mucho. Les tocó una guerra de verdad, donde la gente se mataba uno contra otro, eso fue brutal y los soldados sufrieron todos de una gran depresión. Mi papá en el fondo era un hombre muy solo, es lo que yo recuerdo de él”, dice Maurice, amante de las motos (sus propuestas para este medio de transporte aportaron mucho en su triunfo electoral) y de los ultralivianos, que literalmente lo harían aterrizar en el primero de los secuestros, en el año 2002, cuando, junto a otros cinco empresarios, fue capturado por el frente 57 de las Farc, en las playas de María Chiritos (Chocó), al bajarse de los aviones de tela.

“ La lección de tener que abandonar la tierra que lo vio nacer, como consecuencia de la guerra, fue uno de los pilares sobre los que se construyó el hogar de los Armitage Cadavid. Por eso, ellos no han considerado la opción de abandonar Colombia ni siquiera cuando los violentos han tocado a sus puertas. ”



*De cada asesino latente
de los soplidos asesinos
¡Dios Salve a la Reina!*

De su padre, un hombre taciturno, lector voraz e inglés nostálgico de las estaciones, Maurice y sus cuatro hermanos heredaron cumplimiento. Llegar tarde a una cita los hace sufrir. Lo que no aprendieron –Leslie nunca usó en estas tierras la lengua de los suyos, tal vez como un recurso para protegerse del implacable embate de la nostalgia– fue a hablar inglés.

“Éramos de clase media. En esa época estudiar en colegios gringos era costoso y nosotros estudiábamos en colegios baratos. La primaria donde los hermanos Maristas y el bachillerato lo hice en el Gimnasio de Occidente. Al inglés, en esa época, no se le daba la importancia que se le da hoy. Vivíamos en San Fernando Viejo, todos los amigos eran iguales que nosotros, nadie hablaba inglés”, confiesa Maurice con un acento que invita a no dudar de su eslogan “soy más caleño que el chontaduro y el pandebono”.

*¡Dios salve a la Reina!
Envíanos a ella victoriosos
felices y gloriosos
largo reinado sobre nosotros.*

Leslie Armitage también les enseñó a sus cinco hijos hombres a amar su país, a pesar de que nunca buscó amigos ni tuvo una vida social activa de este lado del mundo. Le bastaba con sentarse a leer la vida y el legado de Winston Churchill para desconectarse de una realidad que no corría por sus venas británicas.

“Mi papá me enseñó a mí que uno tiene que querer el lugar donde nace, donde la vida le ha dado a uno todo y los ingleses en eso son muy berracos”, asegura el hombre de 70 años, quien nunca se amañó en la academia, a pesar de haber intentado economía en la Universidad del Valle, derecho en la San Buenaventura y algunos cursos libres en Los Andes.

Su padre siempre llevó su terruño en el corazón y las esporádicas visitas que hizo durante su exilio voluntario no fueron paliativo para la nostalgia británica que lo acompañó hasta la tumba. Tres veces cruzó el océano para ver a su hermana y su marido anglicano. En ninguno de los tres viajes llevó compañía. De vuelta, en Colombia, lloraba cuando oía Dios salve a La Reina; cuando una película, una frase, un gesto en un rostro le recordaban la guerra; cuando aparecía en el aire del trópico, casi extraviada, una bandera inglesa.

*Tus regalos más escondidos
en la tienda
vertidos en ella están satisfechos ¡largo reinado!
Ella defiende nuestras leyes
y siempre nos da motivo
para cantar con la voz
y con el corazón
¡Dios salve a la Reina!*

Un caleño de a pie

—Concejal mata periodista de Bogotá— dice Maurice Armitage cuando, antes de empezar la entrevista, aparece uno de los concejales de Cali en su oficina de Sidoc, en Yumbo.

Maurice Armitage, en los múltiples frentes en los que se ha movido por la vida, se ha mostrado como un hombre común y sonriente ante la gente. A pesar de que en el Club Colombia lo tildan de “peligroso” y “comunista” por su decisión de repartir el 15 por ciento de las utilidades de su empresa en tajadas iguales para cada uno de los 700 empleados y en Siloé lo acusan de oligarca por el trabajo comunitario de su Fundación Nueva Luz, bastan unos minutos sondeando a quienes trabajan a su alrededor para darse cuenta de que el empresario tiene un trato amable, sin intermediarios y de tú a tú con quien se cruza en el camino.



Generoso, solidario, justo son algunos de los adjetivos en los que coinciden su secretaria, los obreros que fabrican el acero y la señora de los tintos, quien, como cualquiera de los empleados de más bajo rango de la compañía, gana 1 millón 600 mil pesos cada mes.

“Nosotros no creíamos en el corazón de los capitalistas, pero con don Maurice, la gente que trabaja con él y su familia nos dimos la oportunidad. Su empresa es diferente porque tiene verdadera solidaridad, trabaja con y para la gente de la comunidad. Con el trabajo que hacemos con ellos hemos estado aprendiendo que no todos los ricos son tan malos ni todos los pobres somos tan buenos”, dice David Gómez, líder comunitario de Siloé, al referirse a la experiencia del barrio con la Fundación Nueva Luz, que, entre donaciones y recursos propios, invierte casi 3 mil millones de pesos al año en el empinado barrio.

Siloé y Armitage, tras un comienzo receloso en 2005, tienen hoy una relación estable. En el Parque Mirador Yo amo a Siloé, que se construyó tras la visita financiada por la fundación de 30 líderes del barrio a proyectos similares en las comunas de Medellín, él recibió la noticia de que sería el próximo alcalde de Cali, justo bajo la bandera del asta más grande de la ciudad, puesta ahí por su terquedad británica ante la negativa de las autoridades locales.

—Ellos verán si la tumban, nosotros vamos a cumplir con ponerla ahí—, les dijo a los líderes del barrio cuando se obsesionó con esa idea, tras el segundo secuestro.

“Yo creo que lo hizo como una manera de agradecerle a las autoridades que lo rescataron, a Dios, a la gente, a la vida”, dice Gómez, quien a pesar de tener claro que la generosidad de Armitage no es la panacea para un barrio como Siloé, reconoce la importancia del trabajo que se realiza allí y desvirtúa cualquier sospecha de populismo.

Sin embargo, no solo quienes tienen el privilegio de trabajar a su lado o se ven beneficiados con su generosidad son conscientes de su

nobleza. “El éxito de Armitage consistió, precisamente, en que gracias a su autenticidad logró conectar con el caleño de a pie, que lo sintió como alguien igual a él”, escribió Diego Martínez Lloreda, director de información de El País de Cali, al analizar su triunfo en los comicios.

Sin duda, Armitage reprodujo en la contienda política los principios éticos y la forma de relacionarse que le ha funcionado como ser humano y como empresario: mirar a los ojos, escuchar con atención a quien está en frente y liderar grupos e ideas con firmeza.

Hace 30 años, Sidoc, por poner un ejemplo de la constancia con que trabaja Armitage, fabricaba 400 toneladas de acero en un año y su competencia, 8 mil. Hoy ellos han llegado a 16 mil y sus rivales apenas a 9 mil.

Maurice, el hombre de acero que en 20 años convirtió un negocio quebrado en uno de los más prósperos del occidente colombiano y sobrevivió dos secuestros sin almacenar rencores, es una persona que no teme expresar sus emociones en público, mamar gallo con los que tienen menos dinero que él (la inmensa mayoría de los colombianos), compartir un pan y una gaseosa en cualquier tienda con la gente del barrio o almorzar con los obreros de Sidoc.



“Mire, don Maurice es un tipo humilde; nosotros lo queremos porque se pone el overol con nosotros y porque tiene conciencia de que todos debemos ganar de esto, porque tenemos familias, y si el trato y el pago es justo, pues todos progresamos”, dice Hernán, obrero de una de sus compañías.

Precisamente, por ahí va el principio fundamental con el que Armitage ha llevado las relaciones con sus empleados desde que descubrió las injustas condiciones en que trabajan los corteros de caña del Valle del Cauca, en los años sesenta, cuando hizo sus primeros pinitos en el negocio del azúcar. “Una empresa no es de sus dueños, sino de quienes trabajan en ella y contribuyen en la generación de riqueza”, ha dicho, palabras más palabras menos, en los diversos escenarios en los que ha actuado en su vida.

Cuando habla de su padre y de la guerra los ojos se le aguan y, extrañamente, el azul de sus ojos ingleses y de su camisa impecable se

tornan más azules. Es más, tiene fama de ser un hombre de lágrimas fáciles. “Ese man llora a cada rato, pero yo si voté por él porque ya tiene plata, se ve que lo único que le importa es Cali, la gente humilde. Ese señor no vino a echar cuentos”, comenta Álvaro Corzo, taxista de la ciudad.

Como empresario le ha funcionado que sus empleados sepan toda la verdad financiera de la empresa. “Cuando hemos tenido que suspender la repartición de las utilidades por un lapso corto de tiempo, la gente lo ha entendido porque tiene acceso a las cuentas y se ha puesto la camiseta para recuperar el nivel”. Como político, asegura, también será honesto. Como futbolero, siembra dudas. “Ya vamos a subir, vamos salir de B”, dijo en la entrevista, al referirse al América de Cali, días antes de que los Diablos Rojos sufrieran una nueva decepción en su ilusión de volver a la primera división del fútbol colombiano.

La madre: pujanza antioqueña

Mi mamá se llamaba María Cadavid. Ella era una paisa de una familia antioqueña, que se vinieron a vivir a Palmira con sus hermanos.

Mi mamá trabajaba desde joven y cuando se casó con mi papá puso un almacén que él le ayudó a montar. El almacén se llamaba Vogue y quedaba en la carrera Quinta. Ella trabajó allí hasta los 85 años.

Yo siempre la vi en mi casa luchando por la supervivencia, trabajando duro, preocupada por salir adelante con su negocio de su almacén. En mi casa, mi papá era el empleado y mi mamá, la empresaria.

Mi papá fue un contador que trabajó toda la vida. Trabajó en el Banco de Londres y también con un señor que se llama don Gabriel Gómez Echeverry, que tenía una distribución de cosas médicas, trabajó muchos años ahí y se jubiló con él.

Cuando él murió, mi mamá se quedó con la obligación de la casa. Tenía su almacén y con eso nos terminó de educar a los cinco hermanos. Cogió bus toda la vida, de la casa al almacén y del almacén a la casa. Le servía el verde San Fernando y el gris San Fernando. El verde san Fernando que pasaba por la casa y el gris san Fernando que pasaba por la quinta. Y el almacén quedaba en la carrera quinta entre novena y décima.

Era un trayecto de media hora en el que ella iba siempre parada y no tenía aire acondicionado como el mío ahorita acá. Sin embargo, tenía la comodidad de que eran buses que prestaban servicio a los barrios.

Yo aprendí muchas cosas viendo a mi mamá manejar su empresa. Cuando me gradué de bachillerato, con otro amigo que se llamaba Luis Javier, me acuerdo que el primer negocio que tuvimos era que hacíamos camisas y las vendíamos. Cogíamos, comprábamos telas donde Jorge Arabia, en el centro, se las llevábamos a las costureras de mi mamá y hacíamos camisas y las vendíamos en la universidad o en el colegio.

Los secuestros

El primer recuerdo de la violencia que tiene Armitage en su mente se remonta al mítico 9 de abril. Aunque apenas era un niño de cuatro años, aún recuerda la angustia que se vivió en la finca La Buitrera de Palmira, cuando la ilusión de los desposeídos colombianos, la voz del caudillo Jorge Eliécer Gaitán, fue asesinada por orden del establecimiento.

“Después de eso, yo diría que tuve una vida tranquila, nosotros vivíamos en San Fernando, yo no tuve etapas de violencia, anduve por Colombia entera sin problema”, comenta Armitage al recordar su camino hasta el año 2002.

“Ese día fuimos secuestrados Jaime Gaviria, dos médicos, mi consuegro y yo. Nos habíamos ido a pescar y al aterrizar en los ultralivianos nos estaban esperando los milicianos de las Farc. Eran 17 y nos metieron con ellos en la selva. Fuimos caminando desde el Pacífico hasta el río Atrato, caminando 7 días y estuvimos allá dos meses”, recuerda Armitage sin poner tono de película de suspenso a pesar de lo que está contando.

“Estar secuestrado es duro, es angustiante. Al principio se preocupa uno por uno y después se preocupa por la familia de uno porque se quedan acá. Como está la mujer, la fábrica, todo, un mundo de gente, es una buena experiencia desde el punto de vista humano porque uno puede imaginarse un mundo sin uno”, comenta tras confesar que pagó para ser liberado.

“Ahí me di cuenta de que esos muchachos estaban allá porque no habían tenido más oportunidades, vi su fragilidad y entendí que no tenían la culpa”, explica mientras raya sin parar una hoja cualquiera.

Con alias El Becerro, comandante del frente 57 de las Farc, departió en tres oportunidades. “Era un tipo culto, tuve la oportunidad de hablar con él, sobre la vida, sobre cosas y además de tratar de negociar la

salida. Otro de ellos era Silver. A él si lo veíamos más porque era el que nos cuidaba, nos llevaba para un lado y para el otro, él si era más duro”, cuenta como recordando a viejos amigos que no volvió a ver.

Al regresar, dice medio en broma y medio en serio, se dio cuenta de que las cosas habían funcionado mejor sin él. Por eso, redobló esfuerzos como empresario, padre, esposo y caleño para tratar de vivir en una sociedad más armónica y equitativa.

Sin embargo, eso no lo camufló contra la violencia. En el año 2007 de nuevo fue víctima de secuestro. En esa oportunidad, Don Eduardo (prefiere no mencionar su apellido para que no lo estigmaticen como secuestrador), el mayordomo de una de sus fincas, se dejó tentar por unos familiares de su esposa, provenientes de Caquetá, para involucrase en un plan fallido que pretendía “vender” al secuestrado a la guerrilla. A cambio recibiría 100 millones de pesos.

En los sesenta días en que estuvo secuestrado, Armitage se dedicó a desarrollar el músculo de la compasión al experimentar la vida que llevaban sus raptos. Caminar durante jornadas interminables, dormir en cambuches, anhelar los toldillos ante los embates de los bichos, comer lentejas y arroz o arroz y lentejas no lograron que se resentiera con los secuestradores. Por el contrario, se animó a enseñarles español y matemáticas.

El empresario, dueño de la Cementera San Marcos y del Ingenio de Occidente (donde trabaja el único afro que es gerente de un ingenio latinoamericano), no tomó medidas de seguridad tras su experiencia de dos meses en las selvas chocoanas. La noche anterior al segundo secuestro había llegado de Brasil, donde se encontraba comprando equipos para el ingenio, y no se imaginó que la llamada que le hizo a don Eduardo activaría la fase final del plan de los delincuentes para

ponerlo, como ya había estado cinco años atrás, en manos de las Farc.

“Yo llegué en mi jeep allá y don Eduardo me dijo: ‘¿va tomar tinto?’. Entonces le dije ‘no, yo tengo que irme rápido para otro lado’. Él me insistió y en ese momento dije ‘voy a tomar tinto’ y cuando me devolví ahí me estaban esperando los tipos”, recuerda sin resentimientos.

Tras un forcejeo en desventaja con los cuatro captores (muestra, casi orgulloso, una cicatriz en un brazo), lo montaron en otro jeep y lo metieron monte adentro. “Arrancamos hacia arriba, para Los Farallones, como para ir para el Pacífico”.

Al recibir la noticia de su secuestro, los gobiernos locales y nacionales lanzaron una búsqueda implacable que cercó a los captores y a Armitage. Ni siquiera en esas circunstancias perdió su buen sentido del humor y la sagacidad para negociar. “Les decía ‘para el próximo secuestro vénganse con comida’ porque duramos cuatro días sin comida ni agua”.

Al verlos más nerviosos de lo que él estaba supo que hacer chistes era una buena táctica para distensionar el ambiente y, en seguida, buscar una salida pacífica que lo llevara a la libertad.

“Me tenían amarrado a uno de ellos y yo me hice amigo de ellos ahí charlando. Les decía ‘miren, yo les doy una plata, aborten esta vaina, esto les fracasó, si empiezan ustedes a disparar aquí nos van a matar a todos, no hagan pendejadas, yo a cada uno de ustedes les doy 100 millones de pesos el lunes, cojan ustedes para sus lados y así empezó la negociación con ellos, pero fue básicamente por la presión, porque había helicópteros sobrevolando la zona”, cuenta el alcalde electo de Cali.

Tras un aguacero inclemente y el avance del cerco militar, los raptos cedieron, aceptaron el celular y 300 dólares que habían quedado del viaje a Brasil. En seguida, lo abandonaron en el monte.

“Antes de que me soltaran, hubo un silencio ahí horrible. Ellos se fueron para un lado, como para hablar entre ellos sin que yo oyera y dije ‘estos me van a matar’. Entonces me acuerdo que les dije, ‘vean muchachos, si me van a matar, péguenme un tiro aquí en el corazón, no me lo vaya a pegar en la cara porque en el entierro va ser muy feo, van a poner a todo el mundo a llorar”, narra Armitage.

Esa noche cree haberse desmayado. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, sacó fuerzas de su





Texto: Hector Cañón - Diseño y diagramación: Oficina Asesora de Comunicaciones Unidad para las Víctimas

herencia genética paisa británica, para caminar tres kilómetros, hasta que encontró una anciana salvadora en su camino

–Ay señor, usted es el secuestrado–, le dijo ella antes de verlo desplomarse a sus pies.

En libertad, Armitage ató cabos y le dijo al Gaula que sospechaba de don Eduardo por la forma en que había sucedido el rapto, a pesar de que en los cinco años que había trabajado para él el mayordomo se había visto beneficiado por su generosidad.

Cuando se reencontró con don Eduardo, el empresario empezó a reconvienirlo por su traición, pero terminó ideando una estrategia para sacarlo del problema tan pronto como el marco legal lo permitiera.

“El tipo se me puso a llorar y toda esa vaina y le dije ‘a usted se lo van a llevar para la cárcel, pero yo le voy a ayudar con el abogado y le voy a dar una segunda

oportunidad”, cuenta Armitage, antes de mostrar las llamadas que se cruzado en los últimos meses con don Eduardo, quien aparece como ex secuestrador en la lista de contactos de su celular.

El abogado cobró 28 millones de pesos y tardó un año para sacar al mayordomo de prisión. Luego vinieron siete años más de colaboraciones para que quedara a paces con la justicia y la recomendación para emplearse en la empresa de un amigo ya que sus dos hijas y esposa se escandalizarían con la idea de tenerlo cerca de alguno de los negocios familiares.

La última vez que hablaron (y el registro de llamadas del celular lo comprueba) fue hace poco más de un mes. “Me llamó porque yo le ayudo económicamente a veces. Él tiene unos niñitos que están trabajando y pasa muchos trabajos y a la mujer se le quebró un brazo y bueno ha estado con problemas”, dice antes de contar que le consignó 500 mil pesos tras el último pedido de ayuda.

Bogotá 426 1111
Linea Gratuita Nacional 018000 91 11 19

#LasVíctimasCuentan

 @UnidadVictimas  /UnidadVictimas  /uariv
 /unidadvictimascol  /unidadvictimas